

mos de resolver amarle constantemente, aunque en toda la vida no hubiéramos de sentir consuelo alguno, y decir, tanto en el Calvario como en el Tabor: Señor, bueno es estar aquí con Vos, ó ya estéis en la cruz, ó ya en la gloria.

Te advierto, por conclusión, que cuando sientas gran copia de estos consuelos, ternezas, lágrimas y dulzuras, ó que en ellas haya algo de extraordinaria, se lo manifiestes con fidelidad á tu director, para que te enseñe como debes moderarte y haberte, pues escrito está: *Encontrado has miel, come lo que te basta.* (Prov. xxv, 16).

ARTÍCULO XXXIX

DE LAS SEQUEDADES Y ESTERILIDAD DE ESPÍRITU

Esto has de hacer cuando tengas consuelos; pero no durará perpetuamente este tiempo sereno y agradable; antes acaecerá algunas veces que te veas tan privada y destituida de devoción sensible; que te parezca tu alma una tierra desierta, infructuosa y estéril, en que no hay ni senda ni camino para encontrar á Dios, ni manantial alguno de gracia que pueda regalarla, pues las sequedades la dejarán al parecer totalmente inculta. ¡Cuán digna de compasión es el alma en tal estado, y en especial si viene este mal con vehemencia! entonces se apacienta, como David, de lágrimas día y noche, y al mismo tiempo el enemigo, para hacerla desesperar, se burla de ella con mil sugestiones, y le dice: Miserable, ¿dónde está tu Dios? ¿porqué camino piensas encontrarle? ¿quién podrá ya restituirte la alegría de la divina gracia?

¿Y qué harás entonces, Filotea? Advierte de dónde te ha provenido el mal; porque muchas veces somos nosotros mismos causa de nuestras esterilidades y sequedades.

1. Así como una madre no quiere dar azúcar al niño que es propenso á lombrices; así Dios nos priva de los consuelos, cuando complaciéndonos vanamente en ellos, somos propensos á las lombrices de la presunción, *Bueno*

es para mí, ó Dios mio, que me humilléis: si, por cierto; *porque antes de haber sido humillado os había ofendido.* (Ps. cxviii).

2. Cuando nos descuidamos en recoger á su tiempo las suavidades y delicias del amor de Dios, nos las quita en castigo de nuestra pereza; así como los israelitas que no recogían á la madrugada el maná, no podían recogerle después de salido el sol, porque estaba ya totalmente derretido.

3. Algunas veces que estamos como la Esposa de los Cantares acostados en el lecho de los contentos sensuales y consuelos perecederos, llama á la puerta del corazón el Esposo de nuestras almas, nos inspira que volvamos á los ejercicios espirituales; pero nosotros andamos con él en regateos, porque sentimos dejar los placeres vanos, y separarnos de los falsos contentamientos, por lo cual pasa de largo el Esposo, dejándonos emperezar, y después, cuando le queremos buscar, nos cuesta mucho trabajo encontrarle: bien merecido lo tenemos, pues hemos sido tan infieles y desleales á su amor, que rehusamos emplearnos en él, por seguir el de las cosas del mundo. Aun conservas harina de Egipto, y así no puedes recibir maná del cielo. Aborrecen las abejas todos los olores artificiales: del mismo modo las suavidades del Espíritu Santo son incompatibles con las artificiales delicias del mundo.

También causa sequedades y esterilidades el usar de doblez y afectación con el director en las confesiones y conferencias espirituales; pues quien miente al Espíritu Santo, merece que él le niegue sus consuelos, y no se le darán confites como á los niños, al que no quiere ser sencillo y franco como ellos.

5. No es mucho que no halles gusto en las delicias espirituales, si te has saciado de contentos mundanos; pues á las palomas hartas les parecen amargas las guindas, según el proverbio antiguo; y como dijo la Santísima Virgen, *á los hambrientos llenó el Señor de bienes, y á los ricos dejó vacíos* (Luc. 1, 53): así pues, los ricos de

placres mundanos no pueden recibir placeres espirituales.

6. Si has guardado cuidadosamente los frutos de las consolaciones recibidas, recibirás otras nuevas, pues al que tiene, se le dará más, y al que no tiene lo que se le dió, habiéndolo perdido por culpa suya, se le quitará aun lo mismo que no tiene, esto es, que será privado de aquellas gracias que estaban preparadas para él. No hay duda que la lluvia vivifica las plantas que tienen verdor; pero á las que no lo tienen, les quita aun la vida que no tienen, haciendo que se pudran enteramente. Perdemos, pues, los consuelos de la devoción, y caemos en sequedad y esterilidad de espíritu por muchas de estas causas; por lo cual debemos examinar nuestra conciencia, á ver si encontramos en nosotros tales defectos. Pero advierte, Filotea, que se ha de hacer este exámen sin inquietud y sin demasiada curiosidad; antes bien después de haber considerado fielmente nuestros pasos; si con este exámen encontramos en nosotros mismos la causa del mal, demos gracias á Dios, porque ya está medio curada la enfermedad cuando se conoce la causa: y si por el contrario nada particular encuentras que te parezca ser causa de la sequedad, no te empeñes en hacer otro exámen más curioso, sino practica con toda sencillez, y sin indagar otras particularidades, lo que voy á decirte.

1.º Humíllate profundamente delante de Dios reconociendo tu nada y tu miseria, ¡Ay de mí! ¿qué soy yo, Señor, cuando me fio en mí propia, sino una tierra seca, que hendida en grietas por todas partes, manifiesta la sed que tiene de la lluvia del cielo, y sin embargo el viento la disipa, y la reduce á polvo?

2.º Invoca á Dios; y pídele su alegría: *Volvedme, Señor, la alegría de vuestra salud.* (Ps. I, 14). *Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz.* Matth. XXVI, 39). *Vete de aquí, aquilón infructuoso, que secas mi alma, y ven, apreciable austro de los consuelos, y sopla en mi huerto, para que esparzan sus aromas los buenos afectos.* (Cant. IV, 16).

3.º Ve á buscar á tu confesor, ábrele de par en par tu corazón; manifiéstale con claridad todas las dobleces de tu alma, y recibe sus advertencias con gran sencillez y humildad; porque como Dios aprecia sobremanera la obediencia, da ordinariamente eficacia á los consejos que se reciben de otro, particularmente de los directores de almas, aun cuando por otra parte no parezcan muy oportunos, así como hizo saludables para Naaman las aguas del Jordán, cuando Eliseo le mandó bañarse en ellas sin apariencia alguna de razón humana.

4.º Pero sobre todo, lo más útil y fructuoso en semejantes sequedades y esterilidades es no desear con demasiada afición y apego verse libre de ellas; no digo que sea malo desear puramente verse libre, digo sí, que no ha de ser esto con afición, sino que se ha de dejar uno en manos de la Providencia especial de Dios, para que se sirva de nosotros del modo que le pluguiere; díganosle entre estas amarguras y deseos: *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz;* pero añadamos también armados de esfuerzo, *sin embargo no se haga mi voluntad sino la vuestra;* y mantengámonos en esto con cuanta quietud nos sea posible; porque mirándonos Dios en esta santa indiferencia, nos consolará con muchas gracias y favores, así como al ver á Abrahan resuelto á privarse de su hijo Isaac, se dió por satisfecho de su indiferencia y resignación, y le consoló con una visión deliciosa y con dulcísimas bendiciones. Así que, en cualquiera especie de aflicciones, ya corporales, ya espirituales, y en las distracciones ó sustracciones de la devoción sensible debemos decir de todo corazón y con sumisión profunda: *El Señor me dió los consuelos, el Señor me los quitó, bendito sea su santo nombre;* y si perseveramos en esta humildad, nos restituirá sus deliciosas favores como lo hizo con Job, que decía esto mismo en todas sus desolaciones.

5.º Finalmente, Filotea, no hemos de caer de ánimo, aunque padezcamos sequedades y esterilidades: sigamos

siempre nuestro camino, esperando con paciencia que vuelvan los consuelos, y no por esto dejemos ningún ejercicio devoto; antes bien multipliquemos, en cuanto sea posible, las obras buenas, y ya que no podemos ofrecer á nuestro amado Esposo dulces de almíbar, sirvámosle dulces secos, que todo es uno, con tal que el corazón que se los ofrece quiera con verdadera resolución amarle. En las primaveras apacibles hacen mas miel las abejas y procrean menos; porque con el buen tiempo se ocupan tanto en recoger el jugo de las flores, que se olvidan de la producción de sus crías; pero en las primaveras revueltas y nubladas es más abundante la cría, y la miel más escasa; porque, como no pueden salir á recoger miel, se emplean en procrear y multiplicar su raza; muchas veces sucede, Filotea, que viéndose el alma en la deliciosa primavera de los consuelos espirituales, se ceba tanto en recogerlos y gustarlos, que, entre la abundancia de estas dulces delicias, practica menos obras buenas; y por el contrario, entre las asperezas y esterilidades espirituales, á medida que se ve privada de los agradables consuelos de la devoción, trata de multiplicar más y más obras sólidas, y es copiosa la interior generación de verdaderas virtudes, cuales son la paciencia, humildad, desprecio de sí propia, resignación y abnegación de la propia voluntad.

Por tanto yerran notablemente muchos, en especial las mujeres, en creer que los servicios hechos á Dios sin gusto, sin ternura de corazón y sin que se echen de ver, son menos agradables á su divina Majestad, siendo muy al contrario; pues nuestras acciones son como las rosas, que si frescas tienen más hermosura, secas tienen más olor y virtud; así las obras, si cuando las ejecutamos con ternura de corazón son más agradables á nuestros ojos (á los nuestros, digo, que solo miran al propio deleite); cuando las hacemos con sequedad y esterilidad tienen más olor y precio delante de Dios, Así es, Filotea; en tiempo de sequedad nos lleva la voluntad como por fuerza á servir á

Dios, y para esto ha de ser más vigorosa y constante que en tiempo de dulzura. No es gran mérito servir á un príncipe en tiempo de paz y en las delicias de la corte; lo que prueba verdadera constancia y fidelidad es servirle en las asperezas de la guerra y entre las revoluciones y persecuciones. Dice la beata Angela de Foligni, que no hay oración tan agradable á Dios como la que se tiene por fuerza y violencia, esto es, aquella oración á la cual no nos mueve el gusto ó inclinación, sino puramente el deseo de agradar á Dios, y á donde nos lleva la voluntad, como haciéndose violencia á sí propia, combatiendo y superando las sequedades y repugnancias que se le oponen. Lo mismo digo de todas las demás obras buenas; pues Dios las estima y aprecia á proporción de las contradicciones que sentimos interior ó exteriormente, y cuanto menos interés particular tengamos en practicarlas, tanto más resplandecerá en ellas la pureza del amor divino: no es mucho que el niño acaricie á su madre cuando le da azúcar, pero prueba es de amarla mucho el acariciarla después de haberle dado ajenos ó acíbar.

ARTÍCULO XL

CONFÍRMASE Y DECLÁRASE LO DICHO CON UN EJEMPLO
NOTABLE

Para aclarar esta instrucción pondremos aquí un pasaje admirable de la vida de San Bernardo, conforme lo refiere un escritor docto y prudente. Dice así: «Ordinariamente los que comienzan á servir á Dios, y no están aún acostumbrados á las sustracciones de la gracia ni á las vicisitudes del espíritu, cuando les falta el gusto de la devoción sensible y aquella agradable luz que anima á darse prisa en andar los caminos de Dios, al instante se desalientan y desfallecen, entregándose á la pusilanimidad y tristeza del corazón, lo cual consiste, según los inteligentes, en que la naturaleza racional no puede estar mucho tiempo hambrien-

ta y sin alguna delectación, ó ya sea celestial, ó ya terrena. Esto supuesto, como las almas que por haber gustado los placeres sobrenaturales se han elevado sobre sí propias, sin dificultad renuncian todos los objetos visibles; después cuando por disposición divina se ven privadas de la alegría espiritual, como por otra parte están también privadas de los consuelos corporales, y no se han acostumbrado aún á esperar con paciencia que vuelva á despuntar el verdadero sol, les parece que ni están en el cielo ni en la tierra, y que van á quedar sepultadas en una noche sempiterna, por lo cual, semejantes á los niños cuando los destetan, se enflaquecen con la falta de la leche, y gimen y vienen á ser molestos é importunos, en especial para sí propios. Esto, pues, sucedió en el viaje de que tratamos á uno de la comitiva llamado Gofredo Peronense, que poco tiempo antes se había dedicado al servicio de Dios; sintiéndose repentinamente seco y privado de todo consuelo, y poseído de interiores tinieblas, empezó á recordarse de sus amigos mundanos, de sus parientes, y de los bienes que acababa de abandonar, con cuyo pensamiento le acometió una tentación tan fuerte, que se la conoció en el semblante uno de sus mayores amigos, y acercándose á él con maña, le dijo en secreto con expresiones cariñosas: ¿Qué es esto, Gofredo? ¿por qué estás tan pensativo y afligido, tú que naturalmente eres alegre? ¡Ay hermano! dijo entonces Gofredo arrojando un profundo suspiro, ya no puedo estar alegre en toda mi vida: enmudeciendo el otro de compasión al oír tales razones, fué inmediatamente, movido del celo fraternal, á manifestar todo esto á San Bernardo, su común padre, el cual, conociendo el peligro, se entró en una iglesia que estaba cerca, á rogar á Dios por él, y Gofredo entre tanto, oprimido de tristeza, se quedó dormido con la cabeza apoyada en una piedra; poco tardaron en levantarse entrambos, el uno de la oración, conseguida ya la gracia, y del sueño el otro con rostro tan alegre y sereno, que, sorprendido el amigo de tan grande

y repentina mudanza, no se pudo contener sin reconvenirle amigablemente con lo que poco antes había dicho: si antes te dije, respondió Gofredo, que jamás me vería alegre, ahora te aseguro que jamás estaré triste.»

Este fin tuvo la tentación de aquella persona devota, en cuya narración has de reparar, Filotea,

1.º Que Dios da ordinariamente á los que empiezan á servirle ciertos preludios de las celestiales delicias, para apartarlos de los placeres terrenos, y animarlos á que busquen su divino amor: semejante en esto á una madre, que para cebar y atraer al niño á que tome el pecho, le unta con un poquito de miel.

2.º Que este mismo Dios amoroso nos priva sin embargo algunas veces con providencia sapientísima de la leche y miel de los consuelos para destetarnos, y que aprendamos á comer el pan seco y mas sólido de una devoción vigorosa hecha á prueba de disgustos y tentaciones.

3.º Que entre las sequedades y esterilidades se levantan á veces grandes huracanes de tentaciones, y entonces es forzoso pelear varonilmente contra ellas, porque éstas no son de Dios, y sufrir con paciencia las sequedades, como ordenadas por Dios para ejercicio nuestro.

4.º Que por sentir interiormente tedio no hemos de perder el ánimo, ni hemos de decir, como el buen Gofredo: jamás tendré alegría, pues durante la noche se ha de esperar la luz: pero tampoco hemos de decir cuando está el espíritu muy sereno: yo no padeceré disgustos, porque como dice el Sabio: (*Eccli, xi, 27*) *en el día de los bienes no nos hemos de olvidar de los males*. Entre las penas se debe esperar, entre las prosperidades temer, y en unas y otras humillarnos siempre.

5.º Que es remedio admirable descubrir el mal á algún amigo espiritual, que pueda consolarnos.

Finalmente, advierto por conclusión de este documento tan importante, que en esto como en todas las demás cosas son opuestos los fines de Dios y los del enémi- go co-

mún. Dios quiere que con esto alcancemos perfecta pureza de corazón, renuncia total del propio interés en todo lo que pertenece á su servicio, y desnudez absoluta de nosotros mismos: el maligno, por el contrario, procura con todas sus fuerzas que perdamos el ánimo, que volvamos otra vez al partido de los placeres, y finalmente que nos hagamos insoportables á nosotros mismos y á los demás para desacreditar y difamar con esto la devoción santa. Pero con la guarda de los documentos que te he dado, adelantarás mucho en la perfección, sirviéndote de ejercicio las aflicciones interiores, de las cuales quiero decir todavía una palabra antes de concluir esta materia. A veces provienen los disgustos, esterilidades y sequedades de enfermedad corporal, como acaece cuando las vigiliias, trabajos y ayunos producen flaqueza, somnolencia, pesadez y otros accidentes semejantes, que, aunque nacen del cuerpo, no dejan de incomodar al espíritu por la estrecha comunicación que hay entre ellos. En tales ocasiones, acuerdate de hacer muchos actos de virtud con lo más elevado del espíritu y voluntad superior: pues por más que parezca dormida el alma y agravada de la somnolencia y cansancio, los actos del espíritu no dejan de ser muy agradables á Dios, y podemos, en tales ocasiones, decir con la Esposa (*Cant. v, 2*): *Yo duermo, pero mi corazón está en vela*: y si en trabajar de esta manera, como dije arriba, se encuentra menos gusto, hay sin embargo más mérito y virtud; pero en estos lances el remedio es restablecer el cuerpo con algún justo alivio y recreación, por lo cual San Francisco mandaba á sus religiosos usasen de tal moderación en los trabajos, que no ahogasen el fervor del espíritu.

Y ya que hablamos de este glorioso Padre, diré que en cierta ocasión fué combatido y agitado de tan profunda tristeza de espíritu, que no podía dejar de manifestarla en el exterior, porque si quería conversar con los religiosos, no podía, si se apartaba de ellos le iba peor; la abstinencia

y maceración de la carne le oprimía; la oración nada le aliviaba, y en este estado permaneció dos años, de modo que parecía totalmente abandonado de Dios; pero al fin, después de haber sufrido con humildad esta tempestad tan cruel, le restituyó el Salvador en un instante la tranquilidad dichosa. Quiero decir con esto, que á semejantes golpes están sujetos aun los mayores siervos de Dios, y que los que son mucho menores no deben espantarse, si les sobrevienen algunos.

ARTICULO XLI.

REGLAS PARA

SENTIR Y CONOCER LAS VARIAS MOCIONES,

QUE EN EL ÁNIMO CAUSAN

1.^a En las personas, que van de *pecado mortal* en *pecado mortal*, acostumbra comunmente y de ordinario el enemigo proponerles placeres aparentes, imaginaciones y delectaciones sensuales, para más y mejor convencerlas en sus vicios y pecados. El espíritu *bueno* obra de contrario modo con tales personas pecadoras, punzándolas y remordiéndolas las conciencias con razones, consideraciones ó suspiraciones santas, para que salgan del lodazal del vicio.

2.^a En las personas, que van intensamente purgando sus pecados y van subiendo de bien en mejor por la cumbre de la perfección, procede el demonio de contrario modo que en la primera regla, pues, es evidente que el mal espíritu ha de morder, contristar y poner impedimentos para que no se pase adelante en el camino de la virtud, inquietando y turbando el alma con falsas razones.

Y muy propio es del buen espíritu dar ánimo y fuerzas,

consolaciones, lágrimas, inspiraciones y quietud, facilitando y suavizando todos los impedimentos, para que el alma prosiga el camino del bien y de la santidad.

3.^a La consolación espiritual llama S. Ignacio de Loyola consolación, «cuando en el ánimo se causa alguna moción interior, con la cual viene á inflamarse en amor de su Criador y Señor, y, consecuente, cuando ninguna cosa creada sobre la haz de la tierra puede amar en sí, sino en el Criador de todas ellas.

«Asimismo cuando lanza lágrimas motivadas por amor de su Señor, ya sea por dolor de sus pecados, ya de la Pasión de Cristo Ntro. Señor, ó de otras cosas derechamente ordenadas á su servicio y alcanza. Finalmente llamo (dice S. Ignacio) consolación todo aumento de esperanza, fe y caridad y de toda leticia interna, que llama y trae á las cosas celestiales y á la propia salud de su ánimo, quietándolo y pacificándolo en su Criador y Señor.»

Según el V. P. Granada, Ord. Praed., «*consolación* es todo refrigerio del ánimo afligido, el cual en medio de los dolores y miserias de la vida alegra el alma dulcemente, así como se alegra el niño cuando después de haber perdido de vista á su madre la torna á ver, el cual ríe y llora juntamente.»

«Porque costumbre es de Nuestro Señor, cuando ve las ánimas afligidas y derribadas con la consideración de sus pecados, peligros, y tentaciones, recrearlas con nuevo espíritu y aliento y convertir las lágrimas de tristeza en lágrimas de paz y alegría.»

Y en el cap. XXVIII, del libro VI, «Compendio de doctrina espiritual dice el ilustre Dominico V. P. Granada: «Contra la dificultad y pesadumbre de la tribulación proveyó la Divina Sabiduría de convenientísimo remedio, que es la virtud y socorro de la devoción ó consolación. Porque así como el viento cierzo esparce las nubes y deja el cielo sereno y desombrado, así la verdadera devoción ó consolación sacude de nuestra ánima toda esta pesadum-

bre y dificultad, y la deja por entonces habilitada para todo bien, pues esta virtud de tal manera es virtud, que también es un especial don del Espíritu-Santo, *un rocío del cielo, un socorro y visitación* de Dios, alcanzado por la oración ó dado generosamente por Su Divina Majestad y cuya condición y finalidad es pelear contra la tribulación ó impedimentos del bien obrar, despedir la tibieza, dar ligereza y prontitud para trabajar, alumbrar el entendimiento, esforzar la voluntad, encender el amor de Dios, apagar las llamas de los malos deseos, causar hastío del mundo y aborrecimiento del pecado, y dar al hombre por entonces otro calor, otro fervor, otro espíritu, otro esfuerzo y vigoroso aliento para obrar. De manera que así como Sansón (Judicum, cap. 16) cuando tenía cabellos, gozaba de mayores fuerzas que todos los otros hombres del mundo, y, cuando éstos le faltaban, era tan flaco como los demas, así lo es también el ánima del cristiano, cuando tiene esta devoción, y flaca cuando no la tiene.»

Luego la verdadera devoción, la esencial devoción, que es también consolación, consiste en vigorizar el alma, haciéndola pronta y hábil para toda virtud, espoleándola para el bien obrar (D. Hom. 2. 2. q. 82, art. I, in corp.) Porque no es devoción ni consolación divina aquella ternura de corazón, que sienten algunas veces los que oran sino esta prontitud y aliento para el bien obrar; de donde muchas veces acaece hallarse lo uno con lo otro, cuando el Señor quiere probar á los suyos. Verdad es que esta *prontitud* muchas veces merece aquella ternura *sensible* y muchas veces acrecienta esta *sensible* ternura la *prontitud ad operandum* et Deo serviendum «Y *por esta razón* los siervos de Dios pueden desear y pedir estas alegrías y consolaciones, no por el *gusto*, que en ellas hay, sino porque son causa concomitante del acrecentamiento de la esencial devoción ó consolación en su fin total y principal, que no es otro sino habilitarnos para bien y

pronto obrar, como dice el profeta: «Por el camino de tus mandamientos, Señor, corrí, cuando dilataste mi corazón»: «Viam mandatorum tuorum cucurri, cum dilatasti cor meum» (Psm. 118,32), esto es, con el alegría de tu consolación, que fué causa de esta prontitud y ligereza.»

4.^a «La cuarta es de desolación espiritual; llamo desolación, dice S. Ignacio de Loyola, todo lo contrario á la tercera regla, v. gr., oscuridad del ánima, turbación en ella, moción á las cosas bajas y terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, moviendo á desesperación sin esperanza, sin amor, hallándose toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Criador y Señor. Porque así como la consolación es contraria á la desolación, de la misma manera los pensamientos que salen de la consolación son contrarios á los pensamientos que salen de la desolación.»

5.^a La quinta, dice S. Ignacio de Loyola, es, en tiempo de desolación nunca hacer mudanza, mas estar firme y constante en los propósitos y determinación, en que estaba el día antecedente á tal desolación; ó en la determinación en que estaba en la antecedente consolación, porque así como en la consolación nos guía y aconseja más el buen espíritu, así en la desolación el malo, con cuyos consejos no podemos tomar camino para acertar.»

6.^a «La sexta regla es que dado que en la desolación no debemos mudar los primeros propósitos, mucho aprovecha el intenso mudarse contra la misma desolación. Así como es en instar más en la oración, meditación, en mucho examinar, y en alargarnos en algún modo conveniente de hacer penitencia.»

7.^a «La séptima es: el que está en desolación, considere cómo el Señor le ha dejado en *prueba* con sus potencias naturales, para que resista á las varias agitaciones y tentaciones del enemigo: pues, puede ser el auxilio Divino, el cual siempre le queda aunque claramente no lo sienta; porque el Señor se ha abstraído en su mucho hervor, cre-

cido amor y gracia intensa, quedándole no obstante, gracia suficiente para la salud eterna.»

8.^a «La octava: el que está en desolación, trabaje de estar en paciencia, que es contraria á las vejaciones que le vienen; y piense que será presto consolado, poniendo las diligencias contra la tal desolación, como dijimos en la sexta regla.»

9.^o La nona: tres causas principales son porque nos hallamos desolados. La primera es por ser tibios, perezosos ó negligentes en nuestros ejercicios espirituales; y así por nuestras faltas se aleja la consolación espiritual de nosotros.

La segunda por probarnos para cuánto somos, y en cuánto nos alargamos en su servicio y alabanza sin tanto estimiento de consolaciones y crecidas gracias.

La tercera, por darnos *vera noticia* y conocimiento para que internamente sintamos que no es de nosotros traer ó tener devoción crecida, amor intenso, lágrimas, ni otra alguna consolación espiritual; más que *todo* es don y gracia de Dios nuestro Señor; y porque en cosa ajena no pongamos nido alzando nuestro entendimiento en alguna soberbia ó gloria vana, atribuyendo á nosotros la devoción, ó las otras partes de la espiritual consolación.

10.^a La décima: el que está en consolación piense cómo se habrá en la desolación que después vendrá, tomando nuevas fuerzas para entonces,

11.^a La undécima: el que está consolado procure humillarse y bajarse cuanto puede, pensando cuán para poco es en el tiempo de la desolación sin la tal gracia ó consolación. Por el contrario, piense el que está en desolación que puede mucho con la gracia suficiente para resistir á todos sus enemigos, tomando fuerzas en su Criador y Señor.

12.^a La duodécima: el enemigo se hace como mujer en ser flaco por fuerza y fuerte de grado; porque así como es propio de la mujer que cuando riñe con algún varón per-

der ánimo, dando huída cuando el hombre le muestra mucho rostro; y por el contrario si el varón comienza á huir perdiendo ánimo, la ira, venganza y ferocidad de la mujer es muy crecida y tan sin mesura; de la misma manera es propio del enemigo enflaquecerse y perder ánimo (dando huída sus tentaciones) cuando la persona, que se ejercita en las cosas espirituales, pone mucho rostro contra las tentaciones del enemigo, haciendo el propósito *per diametrum*. Y por el contrario, si la persona, que se ejercita, comienza á tener temor y perder ánimo en sufrir las tentaciones, no hay bestia tan fiera sobre la haz de la tierra como el enemigo de natura humana en la prosecución de su dañada intención con tan crecida malicia.

13.^a «La décimatercera: asimismo se hace como vano enamorado en querer ser secreto y no descubierto; porque así como el hombre vano que hablando con mala intención requiere á una hija de un buen padre, ó á una mujer de un buen marido, quiere que sus palabras y suasionesean secretas; y al contrario le displace mucho cuando la hija al padre ó la mujer al marido descubre sus vanas palabras é intención depravada, porque fácilmente conoce no podrá salir con la empresa comenzada; de la misma manera cuando el enemigo de natura humana trae sus astucias y suasionese á la ánima justa, quiere y desea que sean recibidas y tenidas en secreto; mas cuando las descubre á su buen confesor, ó á otra persona espiritual que conozca sus engaños ó malicias, mucho le pesa, porque colige que no podrá salir con su malicia comenzada al ser descubiertos sus engaños manifiestos.»

14.^a La décimacuarta: asimismo se ha como un caudillo para vencer y tomar lo que desea; porque así como un capitán y caudillo del campo, asentado su real y mirando las fuerzas ó disposiciones de un castillo, lo combate por la parte más flaca; de la misma manera, el enemigo de natura humana, rodeando mira en torno todas nuestras virtudes teologales, cardinales y morales; y por donde nos

halla más flacos y más necesitados para nuestra salud eterna, por allí nos bate y procura tomarnos.»

15.^a Recomendamos la lectura de los capítulos siguientes «De Imitatione Christi;» Sobre la desolación, lib. II, cap. 9; lib. III, cap. 7 el 50; libro I. cap. 13, 22, 41.

Tribulationis utilitas, lib. I, cap. 12

Necitas tribulationis, lib. I, cap. 13; lib. II, cap. 12

Gloriandum in tribulatione, lib. II, cap. 6 et 2

Instante tribulatione, Deus invocandus, lib. III, cap. 29 et 50

Quae bona promissa tribulationes patientibus, lib. III, cap. 49, 6

ARTÍCULO XLII

REGLAS PARA MEJOR DISCERNIR LOS ESPÍRITUS Y MEJOR CONDUCIRSE SEGÚN LAS SUGESTIONES RECIBIDAS EN EL ALMA.

1.^a La primera: propio es de Dios y de sus ángeles en sus mociones dar verdadera alegría y gozo espiritual, quitando toda tristeza y turbación, que el enemigo induce; del cual es propio militar contra la tal alegría y consolación espiritual, trayendo razones aparentes, sutilezas y asiduas falacias.»

2.^a «La segunda: sólo es de Dios Nuestro Señor dar consolación al ánima sin causa precedente; porque es propio del Criador entrar, salir, hacer moción en ella trayéndola toda en amor de la su Divina Majestad. Digo sin causa, esto es, sin ningún previo sentimiento ó consentimiento de algún objeto, por el cual venga la tal consolación mediante sus actos de entendimiento y voluntad.»

3.^a «La tercera: con causa puede consolar el ánima así el buen Ángel como el malo, por contrarios fines: el buen Ángel por provecho del ánima para que crezca y suba de bien en mejor, y el mal Ángel para el contrario y después para traerla á su dañada intención y malicia.»